

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Javier Tomeo

# El hombre bicolor



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* © Rai Ferrer (Onomatopeya)

*Primera edición:* febrero 2014

© Javier Tomeo, 2013

© Alejandra Valencia Baeza, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9772-2

Depósito Legal: B. 89-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 Molins de Rei

*Para Enric Cucurella*



22 DE OCTUBRE DE 18...

El tren atraviesa lentamente el páramo de Re-sondoff, cruza las ásperas montañas de Jeralpieva, avanza por la comarca pantanosa de Gaggoff —donde se crían las únicas ranas carnívoras del mundo— y se detiene con un resoplido en la pequeña ciudad gótica de Boronburg, en el extremo norte del reino de Burgundia, próspera en otros tiempos pero que hoy apenas cuenta con dos mil habitantes.

Antes de continuar, permítanme ustedes que me presente. Me llamo Hermógenes W., he cumplido ya los cuarenta años y tengo los ojos de distinto color. Mi ojo derecho es azul celeste y el otro verde esmeralda. Puede que si tuviese tres, el tercero fuera amarillo. Una anomalía que heredé de mi familia materna y que me distingue de la inmensa mayoría de los hombres. Les diré también que éste es el segundo viaje que hago a Bo-

ronburg en mi calidad de Inspector de Segunda Categoría del Cuerpo Especial de Recaudadores Comarcales y que en la inspección de este año estoy decidido a no dejar títere con cabeza. No es que haya recibido instrucciones especiales, pero sé que las arcas de Burgundia están exhaustas, me considero un buen patriota y quiero contribuir con todas mis fuerzas a remediar en lo posible la delicada situación financiera del país.

Tengo fama de ser algo excéntrico, pero creo que, excentricidades aparte, estoy en mi derecho de considerarme un funcionario importante dentro del complejo organigrama de la Delegación Periférica de Hacienda del Estado. Hasta hoy he gozado de la gratitud y el respeto de las autoridades tanto locales como estatales. Saben que soy un hombre importante y hasta hoy lo han demostrado con las atenciones que me dispensan. Les pondré un ejemplo: hace dos años, en mi primer viaje a esta ciudad, su Burgomaestre tuvo el detalle de enviarme a la estación un moderno landó arrasado por dos preciosos caballos blancos y con una moderna capota de esas que pueden subirse y bajarse a voluntad del viajero. Un detalle que sólo se tiene con los viajeros de categoría.

La gloria humana, sin embargo, no vale una avellana. Lo decía mi tía Rosamunda, que no se equivocaba nunca. Hago esa reflexión porque parece que este año el Ayuntamiento no me envía a la estación ningún representante para darme la bienvenida. Después de diez horas de traqueteo, me apeo del tren en una estación vacía. Me parece una grosería imperdonable.

¿Por qué esa falta de cortesía?, me pregunto. ¿Acaso no soy el mismo funcionario que hace dos años recibieron en esta misma estación a bombo y platillo?

Ése es el primer misterio que se me plantea en este viaje. Puede que luego lleguen otros. Vamos a ver, de todas formas, qué excusas me da el nuevo Burgomaestre cuando me reciba. Lo mejor será que me lo tome a broma.

—¿También ustedes —le preguntaré, sonriendo— han recortado el presupuesto municipal? ¿Sienten también la crisis en este remoto rincón de Burgundia?

No pierdo la esperanza. La esperanza es lo último que se pierde. Puede que al final se presente algún representante del Ayuntamiento, aunque sea un simple ujier, y me pida disculpas por el re-

traso. Me siento en un banco, monto una pierna encima de la otra y espero.

La paciencia es la llave del paraíso, decía también mi tía Rosamunda, que conocía todos los refranes del mundo.

En este momento son las dos y cuarenta y cuatro minutos. Ésa es, por lo menos, la hora que señala mi reloj de bolsillo. Puede que vaya un par de minutos atrasado. Continúo esperando, pero en ningún momento pierdo la compostura que conviene a un recaudador de contribuciones de prestigio. Saco de mi bolsa de viaje el libro de poemas y proverbios que me regaló mi tía y leo en silencio algunos sonetos que ella misma compuso a propósito de la esperanza.

«¡Esperanza, tienes nombre de mujer!»

Todo tiene sin embargo un límite. A las tres y seis minutos me cargo la maleta al hombro y salgo de la estación silbando la «Marcha Turca».

Nadie, tampoco, en las calles, la ciudad está vacía. Cruzo la plaza a buen paso y llego al hotel, que está al otro lado, sin dejar de silbar. Diría incluso que silbo con cierto descaro, fingiendo alegría y despreocupación. No quiero que nadie (por si hay alguien que me está espiondo) pueda



pensar que este extraño recibimiento me preocupa más de la cuenta.

Sobre la puerta del hotel cuelgan banderas de todos los colores: rojas, verdes, amarillas y azules. No me preocupa ninguna de esas banderas, sean del color que sean, pero, si me diesen a elegir, me quedaría con la amarilla, porque el color amarillo es símbolo del oro. Ése es el único color que debe interesar a un buen recaudador de contribuciones.

Tampoco me esperan en la recepción. Como cantaba el poeta, todo está quieto y dormido. Nadie en la estación, nadie en la calle y nadie en el hotel. La cosa no deja de tener su gracia. Hago sonar varias veces la campanilla. Silencio, sólo el tictac del reloj de bronce colgado sobre el mostrador.

Son exactamente las cuatro y dos minutos. Algunas veces, por lo que pueda pasar, conviene que seamos minuciosos al leer la hora que nos señalan los relojes. No es lo mismo que sean las cuatro y dos minutos que las cuatro y tres o las cuatro y cuatro minutos. En sólo dos minutos pueden pasar muchas cosas. Paciencia. Un minuto de paciencia, decían los griegos, significan diez años de paz. Ése era también otro de los refranes favo-

ritos de mi tía Rosamunda. Espero hasta las cuatro y veinte minutos sentado junto a una gran maceta de porcelana en la que hunde sus raíces un ficus de la especie *robusta*.

Ella (me refiero otra vez a mi tía Rosamunda) tenía otro ficus idéntico en su residencia de Rapaldinova.

—Las plantas de interior ayudan a purificar el aire —decía mi tía, que, como mi madre, tenía también los ojos de distinto color.

Fue precisamente mi tía Rosamunda quien me acogió amorosamente en su mansión de Rapaldinova cuando, a los diez años, perdí a mis padres. Licenciada en Heráldica Mayor (lo de Mayor significa que se ocupa de condes y marqueses hacia arriba), fue ella quien cuidó de mi educación, y quien, el mismo día en que cumplí quince años, decidió matricularme en la Escuela Oficial de Recaudadores de Burgundia. Gracias a mi tía, por lo tanto, puedo presumir hoy de ser un hombre con un brillante futuro. ¿No les parece, pues, lógico que ahora, mientras contemplo este ficus, recuerde con especial cariño a aquella gran mujer que tanto se preocupó por mi futuro?

Cierro los ojos y me parece verla sentada a mi lado, fumando en su exótica pipa de marfil y con su minúsculo caniche plateado sobre el hombro

derecho, como si ella fuese un pirata y el caniche un loro.

—No te asustes, querido sobrino —me diría si ahora estuviese a mi lado—. No te asustes porque en esta ciudad no te hayan recibido como te mereces. Los recaudadores no son bien recibidos en ninguna parte.

Me entristece ver ese ficus, de grandes hojas de color verde oscuro, ubicado en la penumbra de la recepción, lejos de la luz. Si se dejase ver algún empleado del hotel, aunque fuese la más humilde de las camareras, le aconsejaría que trasladaran inmediatamente esa maceta a un lugar donde le diese el sol.

¿Dónde están, sin embargo, los recepcionistas? ¿Dónde se han metido?

Cuidado, ya les dije hace un momento que no quiero que alguien piense que me desmoraliza este recibimiento. Me conviene disimular. Me paseo arriba y abajo por el vestíbulo y me pongo otra vez a silbar como si tal cosa la «Marcha Turca».

Silencio. Eso es lo que más desconcierta a nuestros enemigos, ellos nos disparan todos sus dardos envenenados y nosotros, impávidos, seguimos sonriendo. A las cuatro y diecinueve mi-

nutos subo al primer piso y entro en la primera habitación que encuentro en el pasillo, con vistas al centro de la ciudad, es decir, a la plaza. Es la misma habitación que ocupé durante mi primer viaje. No tengo necesidad de forzar la cerradura, la puerta estaba abierta, como si dentro hubiese alguien esperándome. Dejo la maleta sobre la cama y me contemplo en el espejo del armario. Eso es lo primero que hago cuando salgo de viaje, contemplarme en el primer espejo que encuentro, para ver si continúo siendo el mismo. Muy bien, tengo la cara de siempre, cada uno de mis dos ojos sigue en su puesto. El ojo azul celeste está a la derecha de la nariz y el verde esmeralda en el otro lado, es decir, a la izquierda. Perfecto.

Me asomo a la ventana y respiro a pleno pulmón. Recuerdo muy bien el paisaje. En el centro de la plaza, alrededor del pozo, una morera y un olivo. Ya estaban hace dos años. Son dos árboles que no tienen que ver entre sí, pertenecen a dos especies distintas, pero ahí siguen, muy cerca el uno del otro. Conservan su independencia, pero tal vez un día se decidan a entrelazar sus ramas y se conviertan en un solo árbol.

Más allá de la plaza empieza la vieja ciudad, rodeada de verdes colinas. Todo continúa en su sitio: la catedral gótica, con sus estrechos contra-

fuertes y su media docena de campanas, la torre octogonal del Ayuntamiento, construida con ladrillos rojos, la Plaza del Mercado y la Torre del Alambique. A mano derecha el barrio de los vlnateros, a la izquierda el de los artesanos y entre los dos el barrio de los orfebres. Al otro lado de la vieja muralla el hospital, el cementerio y el barrio de extramuros.

Eso es lo bueno que tiene situarse en un lugar, aunque sólo sea un primer piso: puedes ver todo lo que tienes delante sin necesidad de levantar la mirada.

—Admire usted esa torre octogonal —me señaló un día el anterior Burgomaestre, desde esta misma ventana—. Una curiosidad turística. En esta región no abundan las torres octogonales.

—¿Una región? —le pregunté, para tomarle un poco el pelo—. ¿No habrá querido decir una nación, o tal vez un país diferenciado? ¿Quizás una pequeña ciudad de un estado confederado?

A lo lejos, sobre la colina más alta, sigue encastrado el castillo del Conde de Breeworst, deshabitado desde hace años pero que todavía conserva todas las almenas intactas. Me alegro por ese castillo. Un castillo sin almenas es como un abuelo

sin dientes. Hace dos años el Conde –que tenía fama de vampiro– emigró a un ignoto castillo en el sur, con la excusa de que tanto a él como a sus sirvientes les convenía un clima más soleado.

¿Qué necesidad tienen los vampiros del sol?, se preguntaron los más suspicaces. ¿No es cierto que los vampiros prefieren las tinieblas y las sombras de la noche?

Fuese o no fuese vampiro, lo que sí es cierto es que ese bribón se esfumó de Boronburg un par de meses antes de que yo llegase a la ciudad, sin liquidarme los impuestos correspondientes a los últimos trescientos cincuenta años. No es necesario que les diga que su desaparición supuso una grave mancha en mi expediente profesional, im-poluto hasta entonces.

Sigo asomado a la ventana, con los codos apoyados en el alféizar. Silencio. No se deja ver ni el apuntador. La situación me parece cada vez más extraña, pero no pierdo los nervios. Mi corazón continúa latiendo como si tal cosa, la sangre sigue corriendo por mis venas con la misma fuerza de siempre. Al otro lado de la plaza ladra un perro y le contesta otro, pero ninguno de los dos se deja ver. Tal vez si esos perros pudiesen hablar me contarían dónde se ha metido la gente. Me tumbo sobre la cama y ni siquiera chirrían los mue-

lles. En el techo, justo encima de mi cabeza, sigue estando la mancha circular del año pasado. Seguramente la pusieron ahí para que los clientes solitarios que duermen en esta habitación no se sientan tan solos.

En fin, puede que todo esto sea una broma y que alguien esté poniendo mis nervios a prueba. Tal vez el nuevo Burgomaestre –Dios sabe con qué oscuro propósito– quiera comprobar hasta dónde llega mi capacidad de iniciativa y cómo respondo en una situación límite.

Mantengo, pues, la calma. Un buen recaudador de contribuciones debe mantenerse siempre por encima de las circunstancias, por muy adversas que sean. En estos tiempos de graves penurias económicas los ciudadanos recurren a los trucos más extraños para no pagar sus impuestos.

Este año han instalado un teléfono en la habitación. Se trata de un curioso invento, al que todo el mundo augura un brillante futuro. En realidad, no tiene nada de particular. En líneas generales se reduce a un cilindro de hierro con un cable de cobre enrollado que vibra y permite a los hombres dialogar a distancia sin necesidad de verse las caras.

Marco el número del Ayuntamiento, que tengo anotado en mi agenda con tinta roja, contengo la respiración y espero.

—Aquí no hay nadie —responden.

Pero cuando dicen que aquí no hay nadie no sé si se refieren a la ciudad en su totalidad, es decir, considerada en su conjunto, o al edificio del Ayuntamiento propiamente dicho.

—Muy bien —digo—, si es cierto que ahí no hay nadie, ¿cómo es que usted puede responderme?

Silencio. Cortan la comunicación con suavidad. No quieren ofenderme colgando de golpe. Sigo decidido a tomarme las cosas con calma. Mi corazón continúa latiendo como siempre. En cierto modo es como para sentirse orgulloso. El hombre debe estar siempre por encima de su corazón. Pase lo que pase, ha de controlar sus latidos. Ése ha sido siempre uno de mis lemas.

—Querido Hermógenes —decía mi tía Rosamunda—, serás un hombre como Dios manda si aprendes a dominar tu lengua, tu cerebro y tu corazón.

¡Ay, mi querida tía! Después de todos estos años, todavía conservo todas tus recetas mecanografiadas en el precioso cuaderno que me diste en tu lecho de muerte. ¿Dónde estará ahora aquella inolvidable mujer?, me pregunto muchas veces. ¿Dónde estará aquella dama singular que, aparte de ser preclara investigadora en el campo de la heráldica, fue también una cocinera excepcional?



¿Quién puede olvidar sus excepcionales alubias con oreja de cerdo y sus caracoles estofados o incluso a la vinagreta? ¿Cómo olvidar, sobre todo, sus caracoles a la bourguignon, que aderezaba con una pizca de mantequilla, perejil y ajo?

Son las cinco menos dieciséis minutos. Dentro de catorce minutos serán las cinco, es decir, las diecisiete horas, de eso, por lo menos, no tengo la menor duda. Me dejo caer a plomo sobre la cama y esta vez los muelles del somier chirrían débilmente.

Otro misterio: habría que averiguar por qué esos muelles unas veces chirrían y otras no.

La mancha circular sigue encima de mi cabeza, no me abandona. Si me quedo mirándola fijamente me parece que se hincha y se encoge, como si estuviese respirando, es decir, como si estuviese viva. Mis sentidos se divierten gastándose esas bromas.

—La ilusión —decía mi tía Rosamunda— es la mejor forma de hacer nuestra vida más bella.

Hay cosas, sin embargo, con las que no me permito el lujo de fantasear. En lo que se refiere al ejercicio de mi profesión, por ejemplo, a la hora de calcular la base imposible de mis contri-

buyentes, soy un hombre inflexible que jamás olvida que dos y dos son siempre cuatro.

Las seis y treinta y tres minutos. El tiempo pasa volando. Falta apenas una hora para que se haga de noche. En esta época del año los días son más cortos. El sol tarda menos tiempo en dar la vuelta a la Tierra. ¿O tarda más? No lo sé, ahora mismo no lo recuerdo, tendría que preguntárselo a mi tía. De todas formas, ya que he hablado del sol, les diré que tengo el presentimiento de que esta tarde va a esconderse por detrás de las colinas del este, es decir, por el mismo lugar por donde ha salido esta mañana. Ya lo dije antes, de vez en cuando los sentidos me toman el pelo. Cuando no estoy ejerciendo mis funciones de recaudador me relajo un poco y se me ocurren esas tonterías y otras parecidas: veo a mi izquierda lo que está a mi derecha y al revés, veo a mi derecha lo que está a mi izquierda.

Cuando llega el ocaso, sin embargo, el sol desaparece por el oeste, es decir, por donde lo hace siempre. Para eso están los oeste de todo el mundo, para recibir el sol cuando se acaban los días. Se han encendido las primeras estrellas pero en la ciudad las casas no se iluminan, no se

enciende ni una sola ventana. Todo sigue a oscuras.

Ladra el perro de antes, pero esta vez no le responde su compañero. Digo compañero, pero no sé si puede decirse que los perros, siendo tales, pueden también presumir de tener compañeros.

—¡Blaaf ¡Blaaf!

Sigo decidido a no perder la calma. Todo esto es demasiado extraño para que sea cierto, así es que en la situación en que me encuentro pienso que lo que más me conviene es dejar que pase el tiempo y disimular.

—Amigo mío —me digo a mí mismo—, toma el tiempo conforme viene, pues no puedes hacer otra cosa.

Es mi otro yo que, de vez en cuando, sale de no se sabe dónde y me da consejos. Algunas veces tiene razón y le hago caso. Otras veces discutimos, pero la sangre nunca llega al río.

Vuelve a ladrar el perro solitario. Los perros prefieren ladrar, pero disponen también de otras señales sonoras.

—Algunos perros son tan listos que entienden más de cien palabras —opina mi otro yo.

Cien palabras son muchas, pero le creo por-

que casi siempre tiene razón. No vamos a discutir ahora por esa tontería. Hablar con mi otro yo —que viene a ser otra persona, sin dejar de ser yo mismo— es lo mejor que podemos hacer cuando nos sentimos demasiado solos. Lo que acaba de decir, de todas formas, es cierto. Hay perros tan listos que entienden más de cien palabras. Puede que comprendan doscientas, o incluso doscientas cincuenta, pero también es cierto que algunos perros apenas ladran y que cuando están de buen humor se limitan a mover el rabo.

—Blaaf, blaaf, blaaf —sigue ladrando.

Podría llamarle Marte, que hace años fue el dios de la guerra. Marte se llamaba también el perro lobo que me regaló mi tía hace diez años y que murió atropellado por un landó. Marte es un buen nombre para un perro.

—¡Blaaf, blaaf, blaaf!

Puede que se esté preguntando dónde está hoy el otro perro que ayer le respondía. Eso es lo que les pasa también a algunos hombres cuando hacen preguntas y nadie les responde. Tal vez ese perro sepa dónde están ahora los que se fueron y se desespere porque no soy capaz de entender sus ladridos.

Ha cerrado la noche. La silueta de las torres de la catedral se recorta en azul oscuro sobre el azul más claro del firmamento. Muchos se preguntan si es justo que una oscura ciudad como Boronburg, en plena decadencia, pueda presumir de tener una catedral tan hermosa. Ulula un mochuelo, pero su hembra no le responde. Silencio. A mí me pasa algo parecido con las mujeres. Les digo que soy recaudador de contribuciones con un futuro prometedor pero no me hacen caso.

—No te preocupes, mi querido Hermógenes —me consolaba mi tía Rosamunda—, ellas se lo pierden.

Me retiro de la ventana, vuelvo a la cama y esta vez me dejo caer hacia atrás, con las piernas abiertas en compás y los brazos en cruz, como si me hubiesen tumbado de un balazo en la frente. Estoy dispuesto a contar todas las ovejas que sean precisas para quedarme dormido. Mañana será otro día. Volverá a salir el sol y se arreglarán las cosas, es decir, regresaremos a la normalidad. Puede que el nuevo Burgomaestre venga a verme y me lo explique personalmente. Un par de palabras suyas podrían ser suficientes para devolver a esta soledad todo su sentido.

—Se trata de una nueva estrategia municipal

—me dirá tal vez, aunque sea sin precisar de qué estrategia se trata.

Lo que me interesa ahora es dormir. Una ovejita, dos ovejitas, cuarenta ovejitas, cuarenta y cinco ovejitas y suelto por fin el primer ronquido. Es la primera vez en mi vida que me oigo roncar. Eso no es normal, pero en la situación en que me encuentro todo parece posible.